X JORNADAS DE INVESTIGACIÓN
Centro de Investigaciones Geográficas - Departamento de Geografía
6 y 7 de Noviembre de 2008 – La Plata
ISSN 1850 – 0862

RASTROS DEL DEBATE SOBRE LA NACION DESDE LA PERSPECTIVA DE LA GEOGRAFÍA CULTURAL

Héctor Dupuy*
hectordupuy@yahoo.com.ar

Introducción

El presente trabajo da cuenta de algunas conclusiones alcanzadas con carácter preliminar en la investigación desarrollada alrededor de las cuestiones discursivas sobre el concepto moderno de nación y en el marco del proyecto Rastros Culturales en la Investigación Geográfica el cual, a su vez, profundiza esencialmente en el carácter moderno de dichas investigaciones y en sus derivaciones actuales.

En tal sentido, la mirada del trabajo avanza sobre las opiniones vertidas sobre el tema por diversos autores de variadas disciplinas, como antropólogos, sociólogos, politólogos, filósofos, etc. Se trata de observar, como en un desfile, algunas de las ideas expresadas al respecto por autores como Benedict Anderson, Homi Bhabha, Tom Nairn, Gellner y otros.

En esta galería tan heterogénea el hilo conductor de la investigación estará centrado en las preocupaciones manifestadas por la Geografía cultural, a partir de los planteos de Jackson, Gregory, Cosgrove, entre otros. Se trata de indagar en los aludidos discursos acerca del concepto de nación, cuestiones que hoy son motivo, al menos de debate en nuestra disciplina. Nos referimos a las categorías de la identidad, la representación simbólica del espacio, las configuraciones culturales y las conceptualizaciones estéticas.

Uno de los aspectos que caracteriza en mayor medida a la nación es su capacidad para crear una identidad colectiva entre pueblos, etnias, clases sociales y referencias regionales de alto nivel de heterogeneidad. No se trata sólo de la identificación individual (Giménez. 2007) con un referente político-institucional (el Estado nacional)[1], sino también de generar un sentimiento de pertenencia comunitario más allá de múltiples divergencias materiales y

* Centro de Investigaciones Geográficas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata.

[1] El análisis de los debates acerca de la dialéctica entre los conceptos de Estado y nación ya ha sido iniciado en otro trabajo de este mismo proyecto (Dupuy. 2006)

simbólicas. De esta manera se genera, de una manera colectiva, una representación específica del espacio, es decir, una interpretación propia de es territorio, a partir de símbolos o señales complejas que sólo esa comunidad puede llegar a comprender en su totalidad (Claval. 1999).

La lógica de este sistema de colectividad, identidad y representación del espacio vivido va a constituir un nuevo tipo de configuración cultural-espacial, básico para comprender la geografía política, social y económica de los últimos siglos, aquellos ligados a la Modernidad. Por último, resulta lógico que estas nuevas configuraciones se fortalezcan a partir del desarrollo de conceptos estéticos propios, los cuales les suministran la base afectiva, irracional más efectista para lograr la cohesión esperada. Música, narración (oral y escrita), imágenes, colores, texturas, olores, sabores, participan activamente en este conjunto de factores en los que se apoya el proyecto nacional.

A fin de establecer una perspectiva clarificadora, aunque no diferenciadora, se observa la posibilidad de identificar al concepto político de nación como una construcción destinada a otorgarle al pueblo, o más precisamente a la burguesía, la soberanía del Estado moderno obtenida a partir de la lucha revolucionaria. A su vez, cumple la función de darle la unidad a la comunidad contra un enemigo común: en un principio la aristocracia despótica y, más adelante, los supuestos enemigos externos, es decir otras naciones.

Sin embargo, analizada desde otra perspectiva, no carente también de una profunda significación política, la nación avanza asimismo en la construcción de un nuevo tipo de configuración cultural, más sólida y cristalizada que las de parentesco o filiación étnica o meramente territorial. Este carácter es alcanzado, por una parte, por la acción política y pedagógica de la dirigencia revolucionaria, pero también porque existe una actitud manifiesta de la comunidad involucrada que la lleva a reconocerse en una serie de atributos de muy fuerte significación. Entre ellos se destaca muy especialmente el territorio.

Desde el punto de vista metodológico, el trabajo intenta reunir y sistematizar una serie de especulaciones teóricas, analizadas y desarrolladas a lo largo del proyecto, pero, en este caso, con referencia a autores no geógrafos. Es decir, avanzamos sobre visiones no geográficas pero que inciden en nuestras investigaciones disciplinares. En futuros trabajos se espera actuar de la misma manera a partir de autores reconocidos de la esfera geográfica.

Tratándose de un tema muy complejo y abarcativo, intentaremos sistematizar el análisis, organizándolo en cuatro ejes temáticos: la nación como una comunidad imaginada, como un fenómeno ambivalente, como constructora de morfologías específicas y, por fin, su relación con el concepto de nacionalismo.

La nación: una comunidad imaginada.

El concepto pertenece al inglés Benedict Anderson en su obra titulada precisamente *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (Anderson. 1993). En él analiza el surgimiento del nacionalismo y su desarrollo en los últimos siglos, definiendo a la nación como "... una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana." (Anderson. 1993: 23), destacando su carácter de "imaginada" dada la característica de la idea de comunidad como una imagen presente en cada uno de sus miembros, a pesar de que la mayoría de ellos no se conozcan y, tal vez, no se conocerán jamás. Cita al respecto a Gellner, quien destaca que el nacionalismo "... inventa naciones donde no existen"[2].

En una línea convergente, aunque no precisamente idéntica, Homi Bhabha, un conspicuo cultor del discurso poscolonial acerca la idea del origen occidental del concepto, en especial desde su origen romántico. Al respecto señala la importancia alcanzada por el término desde una perspectiva esencialmente metafórica; casi como un exceso. Asimismo destaca la imposibilidad de su realización, salvo en el plano de la imaginación (Bhabha. 2002). Desde este punto de vista, la nación no sería una realidad a describir, sino más bien un vuelo literario, una especulación del imaginario romántico que se corporiza al calor del pensamiento político y de la expresión estética.

Es Gellner el que avanza con mayor énfasis en esta característica del concepto de nación y de su derivado, el nacionalismo. Plantea que este último es un componente necesario de la modernidad y el principio que la caracteriza en mayor medida y que la legitima políticamente y que, en realidad, la nación es un mito construido por el nacionalismo para alcanzar dicha legitimación (Gellner. 1964).

Al respecto son muchos los aportes que contradicen tal planteo, antes y a partir de su formulación; en especial desde la perspectiva de la construcción histórica y concreta del cuerpo colectivo nacional en cuanto grupo social y como configuración cultural. La apelación al territorio como elemento, no solo de cohesión, sino también como concreción del sentimiento nacional abstracto, no es menor a la hora de aportar argumentos al respecto. Sin embargo, la duda instalada, tanto desde el materialismo histórico como también desde los nuevos estudios culturales poscoloniales, es un fuerte estímulo al debate teórico.

La ambivalencia de la nación

[2] Gellner, Ernest *Throught and change.* Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1964. Citado por Anderson (Anderson. 1993: 24)

Nuevamente acudimos a Anderson para abordar uno de los aspectos más discutidos alrededor del concepto de nación. Como toda expresión surgida de la modernidad, la dualidad de la significación del término abre el debate. Es interesante tomar, de dicho autor (Anderson. 1993), tres de los elementos claramente contradictorios del concepto.

Ya desde el principio, el origen del término se presenta dudoso. Por una parte, una gran cantidad de autores destacan su carácter netamente moderno, al extremo que lo consideran como surgido o "inventado" por la propia Modernidad. Sin embargo, por otra parte, no son escasos aquellos que se refieren a orígenes premodernos, algunos de una antigüedad asombrosa. No se pueden negar las referencias al término en épocas históricas y respecto de sociedades específicas que apelaron a tal denominación. Sin embargo, la realidad de la nación, tal como hoy la conocemos, y su relación con el conjunto de ideas aportadas por su principal panegirista, el discurso nacionalista, se realizan sobre claras perspectivas propias de una modernidad, teñida de sus elementos más románticos. Aún así, la referencia premoderna aporta elementos de duda que intentan acercarnos a los posicionamientos más primordialistas, los cuales ya han sido comentados y criticados en un trabajo anterior (Dupuy. 2006).

Otra característica de la nación que nos presenta Anderson, a fin de demostrar su carácter ambivalente, es la que nos la presenta, por una parte, como una idea y una construcción emergentes del Iluminismo, pero que luego desarrolla los aspectos más confusos y paradojales de la "oscuridad moderna". Si bien se trata de un producto del más estricto racionalismo ilustrado, apela necesariamente a un imaginario religioso plagado de fatalismo y convierte al azar en destino. (Anderson. 1993: 29)

Por último, el mismo autor llama nuestra atención al respecto del carácter paradojal que presenta la nación en cuanto a su origen y desarrollo históricos, aunque apele a la idea de una continuidad atemporal. Al respecto son los nacionalismos, ya como voceros de ese sentimiento, ya como creadores de la idea de nación, quines se refieren a ella destacando que convocan a "...un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado." (Anderson. 1993: 29).

Por su parte, Tom Nairn nos muestra, a partir de su alegoría del "Jano moderno", de qué manera el desarrollo desigual del capitalismo moderno, generador y beneficiario de la estructura "internacional", ha impulsado la realidad paradojal del progreso y la regresión, así como de la racionalidad política enfrentada a la irracionalidad de nacionalismos violentos y aberrantes. (Nairn. 1979)

Como un elemento propio de la nación, el nacionalismo comparte su carácter ambivalente. Llobera nos lo presenta como la máxima divinidad de la modernidad y como una de las fuerzas opresoras de la humanidad. Sin embargo, no deja de reconocerlo como una forma de emancipación colectiva vinculada a la libertad política de los ciudadanos. Asimismo nos recuerda, de qué manera resulta incompatible a los ideales liberales de autonomía

individual, al generar al individuo un sentimiento de lealtad individual a una comunidad histórica a partir de su adhesión a un territorio (Llobera. 1996)

Algunas precisiones en cuanto a las diversas formas de las naciones

Si bien la nación ha surgido de la construcción de la Europa ilustrada, para ser aplicada allí y, en el mejor de los casos, exportada como modelo cerrado al resto del mundo, en su desarrollo histórico ha tomado una variada cantidad de formas. En el presente apartado analizaremos algunas de ellas o, más bien, los discursos generados por algunos especialistas acerca de tal cuestión.

Siguiendo pensamientos ya presentados en este trabajo, existe la idea de una nación típicamente europea. Es la nación de los nacionalismos iniciales; la de los románticos alemanes; la que se construyó entre violentas emociones patrióticas y frías decisiones estatales y castrenses. Sin embargo, aún en esta forma existen discursos que pueden ser analizados con cierto interés para poder llegar a aspectos profundos del tema. No sólo el argumento política-económico de la rivalidad entre las potencias del siglo XIX es válido, también lo fueron los aportes de autores como Renan, Goethe o Heine.

De una manera explicativa de este proceso se debe tener en cuenta, desde otra perspectiva, la argumentación de Ziegler a favor de un reconocimiento del sentido revolucionario del concepto de nación expresado por Voltaire. (Ziegler. 1980) En tal sentido, la nación europea habría surgido de la ruptura con el antiguo régimen y su sistema opresivo.

En otra línea de pensamiento, son para destacar los aportes de Friedrich List, economista alemán que sostuvo la defensa del nacionalismo proteccionista en Alemania frente a la política librecambista británica, lo cual dio origen al poder centralista de Berlín y a uno de los primeros proyectos de unión económica, el Zollwerein. Sus ideas (List. 1979) trascendieron su realidad histórico-geográfica, sirviendo de base a las tesis nacionalistas anticolonialistas y de reivindicación de las economías dependientes, como las postuladas por Scalabrini Ortiz en la Argentina.

En este contexto, la defensa de la nación –en manos del nacionalismo- no sólo se presenta como una serie de postulados irracionales y oscurantistas, sino también como una forma de lograr una cohesión de toda la comunidad contra supuestos o reales enemigos externos. Así los planteos antiimperialistas impulsadas desde algunas posturas socialistas en los llamados “países del Tercer Mundo”, alcanzan ribetes nacionalistas al reencontrarse con la figura de la nación como elemento cohesionador de los diversos sectores populares. (Ziegler. 1980)

En una línea semejante, otros autores encuentran, en la construcción de la nación ibero o latinoamericana, un fundamento independentista, tanto durante las décadas emancipatorias del siglo XIX, como en los discursos americanistas e indigenistas del XX. Estos planteos han

sido analizados por Chiaramonte, el cual hace notar la inexistencia de nacionalidades a comienzos del siglo XIX. Esta condición le restaba validez a la tendencia emancipatoria predominante, es decir la de conformar Estados-nación modernos. Sin embargo, la ductilidad del concepto le permitió a las diversas élites dirigentes iniciar procesos de construcción nacional que se adaptaran a las particularidades de la geografía política virreinal. Así se pudieron constituir Estados fuertemente cohesionados, ya sea bajo condiciones de fuerte centralismo (unitarios) como de cierta elasticidad autonómica (federales), pudiendo aplicarse a realidades tan distintas como los territorios correspondientes a Estados, provincias, pueblos, áreas de soberanía... (Chiaramonte. 2004). Asimismo, les permitió mantener los principios filosóficos emancipatorios provenientes tanto de la concepción humanista del vasallaje urbano, como la liberal de la ruptura revolucionaria (Guerra. 1997).

Con respecto al caso asiático, resultan interesantes los aportes del propio Anderson con respecto a la importancia asignada por los líderes anticolonialistas a los mitos ancestrales como aglutinadores nacionales, aún en los casos de inexistencia de Estados previos que lo justificaran. (Anderson. 1993)

Sin embargo, existe en este contexto un caso paradigmático que nos abre otra perspectiva de análisis. Las diversas formas culturales que provienen o se relacionan con las concepciones islámicas han generado algunas perspectivas que, si bien utilizan la terminología occidental al definirse como formas nacionales, generan la idea de un tipo de configuración ecuménica (es decir, despojada de una referencia territorial específica) alternativa a la occidental o europea. Su condición actual de configuración cultural en resistencia a la agresión occidental (y, a su vez, contestataria a la misma) fortalece tal característica. Sin embargo, no se debe olvidar que, por el momento, sólo mantiene su unidad cultural en relación con su situación de agredida; pero, en realidad, conserva en su interior una variedad muy grande de condicionamientos histórico-geográficos (Islam árabe, iraní, malayo, magrebí...).

Por último, resulta esclarecedor el análisis desarrollado por Ziegler para el caso de la nación africana surgida de la descolonización de la segunda mitad del siglo XX. En esa situación, el autor prefiere definirla con el concepto de “protonación”; es decir, Estados territoriales derivados de la balcanización colonialista, constituidos por grupos étnicos muy diferentes, a veces irreconciliables, a los cuales sólo una utopía panafricana de liberación podría vincularlos. (Ziegler. 1980)

La nación antes del nacionalismo

Como un último núcleo de análisis, vale la pena indagar en el supuesto impulsado por numerosos autores acerca de la existencia de una nación prenacionalista. Es decir, una nación justificada en hechos y realidades previas o no dependientes de las necesidades de dicho movimiento político-ideológico, aunque no por ello de una menor vinculación a la Modernidad.

Para ello, recurriremos, por una parte, al propio pensamiento de Voltaire. Este precursor del pensamiento nacional asume la necesidad de un referente jurídico que justifique la ruptura institucional. Tal carácter nos alejaría de la idea de una nación territorial primordialista defensora de derechos ancestrales sobre espacios definidos étnica y culturalmente para centrarnos en la necesidad de los sectores sociales que debían asumir la soberanía arrebatada a la monarquía. Sin embargo, el mismo autor avanza sobre una segunda necesidad, la de un unificador solidario de la sociedad. Es decir, un factor transclasista que logre cohesionar a la comunidad. Y aquí ya nos encontramos a las puertas de la generación de un "otro opuesto", planteo propio del nacionalismo excluyente.

En segundo término, resulta interesante analizar el pensamiento del filósofo alemán Johan von Herder quien, en forma contemporánea al surgimiento de la idea de nación, plantea la necesidad de una empatía a fin de constituir la comunidad básica para el desarrollo de las nuevas perspectivas político-culturales. Para ello considera esencial contemplar al hombre unido a su contexto. Más allá de considerar al paisaje dentro de este último, Herder insiste en la importancia del lenguaje, el cual permite la recuperación del *Volksgeist*, es decir el espíritu del pueblo propio de cada nación. Este concepto es recuperado por los folclorólogos europeos del siglo XIX y americanos del XX y constituye uno de los principios esenciales para la incorporación del arte a las prácticas nacionalistas.

Conclusiones

Las opiniones analizadas en los párrafos precedentes constituyen una apretada síntesis de las muy abundantes y diversas opiniones que se han vertido alrededor de los conceptos de nación y nacionalismo. Observadas desde la perspectiva del análisis del territorio pueden conducirnos a apreciaciones muy variada. En principio, de una manera directa o indirecta, todos consideran al territorio como un elemento inherente y esencial a la idea de nación y a los principios ideológicos del nacionalismo. Por otra parte, las prácticas estéticas consideran al paisaje patrio como un objeto privilegiado a la hora de resaltar los valores nacionales. Esto parece asignar a estas categorías eminentemente geográficas un valor especial a fin de materializar aquellos valores abstractos que resultan bastante difíciles de explicar a las poblaciones rústicas y a las masas urbanas aún carentes de instrucción.

Los planteos críticos a tales conceptos provienen esencialmente de dos perspectivas, a veces no tan fácil de diferenciar: por una parte, los pensadores críticos al nacionalismo encuentran en las ambivalencias del concepto de nación un blanco claramente identificado para sus ataques ideológicos, ya que resulta casi imposible separarlos asignándole valores positivos a una y negativos al otro. Asimismo las formas nacionales propias de los Estados europeos resultan claramente reprochables a la hora de pensar en una convivencia mundial, más aún si van acompañadas de principios reivindicatorios de dudosa legitimidad y de actitudes bélicas y destructivas hacia el "otro opuesto".

Por otra parte, se encuentran los pensadores enrolados en posiciones que podemos denominar posmodernas (incluso "antimodernas") que atacan al concepto desde su carácter de fenómeno indiscutiblemente ligado a la modernidad. En este caso, se destaca su carácter de realidad imaginada y su inexistencia en épocas anteriores a la ilustración. Es decir que, si la nación ha sido creada por la modernidad, dejaría de existir con ella.

De todas maneras, nadie niega la existencia y, aún la vigencia de la figura, en especial en momentos que se avecinan cambios económicos que pretenderían devolver al Estado una presencia más decisiva a fin de volver a salvar al sistema económico-social de otra de sus grandes crisis.

BIBLIOGRAFIA

ANDERSON, Benedict (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

BHABHA, Homi K. (2002) *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.

CHIARAMONTE, José Carlos (2004) *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias.* Buenos Aires: Sudamericana.

CLAVAL, Paul. (1999) *La geografía cultural*. Buenos Aires: Eudeba.

DUPUY, Héctor (2006) "La nación al filo de la modernidad" en *VIII Jornadas de Investigación*. La Plata, Centro de Investigaciones Geográficas y Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. CD.

GIMÉNEZ, Gilberto (2007) "Cultura e identidades" en: www.gimenez.com.mx. Página elaborada por Joaquín Giménez.

GUERRA, François-Xavier (1997) "La nación en América hispánica. El problema de los orígenes", en: Gauchet, M., Manent, P. y Rosanvallon, P (dir.) *Nación y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997. Pp. 97 a 120.

LIST, Federico (1979) *El sistema nacional de economía política*. México: Fondo de Cultura Económica.

LLOBERA, J.R. (1996) *El Dios de la Modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa Occidental*. Barcelona: Anagrama.

NAIRN, Tom (1979) *Los nuevos nacionalismos en Europa: la desintegración de la Gran Bretaña*. Barcelona: Península.

ZIEGLER, Jean (1980) *Main basse sur l'Afrique. La recolonisation.* París : Ed. du Seuil.